

SAN FRANCISCO DE ASIS – VIDA POPULAR

Por Fray Agustín de Barcelona, OFM Cap.

Ediciones El Herald, Cartago – Costa Rica – 1959



1ª PARTE - COMIENZOS DE VIDA

1181...

Juan Morico Bourlemont

Umbría, según Renán la Galilea italiana, es la patria de Francisco.

Asís, bella ciudad escalonada en las estribaciones del monte Subasio, tiene su clima franciscano como característica peculiar; no en vana su cielo fue lo primero que vio Juan, cuando, al mirar a su madre atisbo el horizonte y sonrió.

Pedro Bernardone (Pedro Bernardo Morico, conocido como Pedro Bernardone) estaba ausente cuando su esposa Pica, descendiente de los Bourlemont de Provenza, dio a luz. Ella sin esperar el regreso, incierto, de su marido, dispuso el bautismo, y en la pila bautismal de San Rufino, en Asís el niño recibió el nombre de Juan.

En cuanto al nacimiento de *Juan* hay una leyenda, apoyada en lo que Fray Nicolás de Asís, contemporáneo de Francisco, explica en el *Liber exemplorum*: «mi madre me dijo muchas veces que estando Pica en su lecho, asistida de las vecinas, un peregrino llamó a la puerta de la casa pidiendo limosna; el cual, habiendo recibido una ala de pollo, quiso luego ver al niño que acababa de nacer... y, besándolo, dijo: Dos niños han nacido el mismo día en esta ciudad; éste, que será uno de los mejores del mundo, y otro que será de los peores. (Y, Bartolomé de Pisa añade de su cuenta que «*el otro*» era Fray Elías).

En la capilla de San Francisco de Asís está una inscripción que reza: «este oratorio fue establo de un asno y de un buey; en el cual nació Francisco, espejo del mundo». Se refiere a otra leyenda según la cual Madona Pica no pudo dar a luz hasta que, avisada por un peregrino, fue llevada al establo para que Francisco naciera allí, a semejanza de Cristo en Belén.

Francesco

Guando regresó Pedro Bernardone y, pasados los momentos de natural regocijo por el feliz nacimiento de su hijo, movido, quizá, por un sentido de deferencia para con el país de donde venía y m el cual tan lucrativos negocios realizaba, *quiso que se llamase Francesco el que, en el bautismo, había sido llamado Juan*.

Y Francesco creció, como crecen todos los niños, y fue llevado a una escuela, aneja a una a la Iglesia de San Jorge, a pocos pasos de su casar en donde aprendió a leer y escribir. No descolló en cultura, sino más bien todos sus biógrafos están acordes en decir que era «iletrado».

San Buenaventura nos dice, refiriéndose a sus primeros años de adolescencia: *«fue criado en las vanidades entre vanos hijos de los hombres»*, en lo cual se ha de entender que no fue santificado desde la una, y que su primera formación moral dejó bastante que desear.

Lo único bueno que recibía Francisco veníale por su madre que Tomás de Celano dice era *«honrada a carta cabal»* y qué siempre tenía su *«corazonada profética —como muchas madres— con respecto al hijo: ya veréis que no por eso deja de ser algún día un gran siervo de Dios»*.

«Envuelto en pecados...»

Francisco ten su Testamento, al referirse a los primeros años de su vida, usa «ata expresión: *«estando envuelto en pecados»*.

Si bien *«no corrió trias los goces a la manera de los jóvenes lascivos, mi siguió los depravados apetitos de la carne»*, y *«nunca salió deten boca palabra grosera»*, lo vemos dar su tributo al mundo y a sus vanidades en forma demasiada exagerada, de manera fue el Cardenal Eudes de Chateauroux no vaciló en afirmar que *«Francisco fue al principio un gran pecador y que, más tarde, hartado del mal, emprendió el camino de la santidad para que ningún pecador desesperase de su salvación»*. Más aún, en 1238, el Papa Gregorio IX, íntimo amigo de Francisco dice de él: *«que abrazó la castidad, después de haberse entregado a las seducciones del mundo»*.

Desde el prisma de santidad en que estaba al escribir su Testamento califica duramente los primeros años de su vida, algo licenciosa.

Rey de la Juventud

Como era extremadamente comedido con todos, se hacía querer y su don alegre, agradable y lleno de simpatía se traducía espontáneo en fuerza atractiva, como de imán, hada sil persona.

Con dotes lo comerciales para tratar con la gente, pero despilfarrador de todas las ganancias, fascinaba a cuántos entraban a |la tienda de su padre Pedro Bernardone.

Dotado también de voz fina y dulce y aficionado a los cantos muy en boga entonces, de Trovadores y; Juglares, recorría con bulliciosos compañeros las otrora solitarias y silenciosas calles de Asís hasta muy entrada la noche.

La corona de laureles del rey de la juventud posó; sobre sus sienes. Lo querían porque todo él era amor y simpatía.

Más de una cortinita defendida por las medievales celosías descorríase levemente, mientras unos ojos chispeantes miraban ávidos al Rey de la Juventud y a su séquito. ¡Cuántos Sueños se forjarían en torno a Francisco, las dome ellas de Asís!

Por 1202 y 1204

Prisión y fiebre

Desde 1199 agitábase la burguesía contra los nobles, mezclados unos y otros en las luchas políticas por la sucesión de Enrique VI de Alemania. Hasta los Estados Pontificios, regidos entonces por Inocencio III, salieron por sus derechos.

Los municipios (o burguesías) se levantaron contra los nobles, arrasando las grandes torres feudales. Se querían liquidar las cuentas atrasadas de vasallajes injustos, de opresiones ilícitas y de todo lo malo del régimen feudal. Corrió la sangre a torrentes.

Los «maiores» y los «minores» a pesar de ser hermanos veíanse como enemigos, y... -oh cosas raras, mientras la condición de Francisco lo hizo batirse con los municipes (minores), los Offreduccio, nobles de alcurnia, huían a Perusa con loe ma lores, llevando consigo a sus hijitas Clara e Inés, y su casa era saqueada en Asís

En 1202, en la batalla de Ponte San Giovanni, sobre el Tíber, perdió Asís la flor y mata de sus guerreros: unos, muertos valerosamente en el campo de batalla, otros —entre los cuales Francisco— prisioneros y llevados como rehenes a Perusa.

Humillación de prisionero, añoranza de la patria, ansia de vida familiar, inquietud por la libertad, malos tratos y húmedo calabozo, todo esto lo sufren aquellos jóvenes de Asís pero, por fuerza, casi con desesperación. Solo uno canta y ríe: es Francisco que con alegre porte lleva un mensaje de esperanza a aquellos desheredados de la fortuna.

Un año duró el cautiverio.

Recuperaron la libertad después de fatigosas conversaciones entre los jefes rivales.

Y,...mientras los demás compañeros corrían nuevamente a sus alocadas juergas, Francisco quedó postrado en cama atenazado por cruel enfermedad que no quería dejarlo, pese a los maternales cuidados de Pica.

Un año de cautiverio y ahora mieses de enfermedad: horas y horas amontonadas por el destino ineludible que trunca unos planes y exige sumisión; allá, en la prisión de Perusa vivía en tenebrosa mazmorra protegida por fuerte reja de telarañas repleta; aquí, libre pero sujeto a Una cania por extraña dolencia. El techo blanco de su habitación y un poco de horizonte visto a través del pórtico, cuando se podía medio sentar. Esto a los veinte años, francamente, es terrible.

El dedo de Dios

La Providencia utiliza muchos medios para manifestar cual es la Voluntad de Dios; uno de ellos: «herir» para sanar». Es el que tusó con Francisco.

Cuando pudo levantare del lecho de dolor vio la vida bajo otro aspecto. La tribulación habíalo hecho menos superficial. También ayudaron los consejos de Madoma Pica cuando le llevaba las humeantes tazas en las que junto con el remedio había puesto su amor de madre.

Francisco volvió a sus amigos, pero no era el mismo de antes. Reía, pero con risa forzada. Sus compañeros muy, pronto se dieron «nenia de este raro fenómeno y lo atribuyeron a enamoramiento. A lo cual respondió Francisco que *«la Dama de sus ensueños era la más bella de todo Asís»*. A pesar de ruegos e insistencias, no les dijo quien era. Y, aunque les hubiese dicho no lo hubieran entendido,... porque ni siquiera él mismo sabía

El interrogante

El signo ortográfico de interrogación retorcido en sí mismo y sin ninguna orientación decidida, quiere mirar pero sin horizonte posible. Tortura indecible es la duda. El interrogante, funesto, se presenta de improviso en momentos cruciales de la vida, ante él, se gime preguntándose: *¿Qué hacer?*

Llega a visitarnos alguna vez en la vida y se va cuando podemos convertirlo en la admiración recta, optimista y triunfante.

En ¡asuntos que afectan a toda la personalidad el interrogante se convierte en necia y persistente pesadilla que sólo con la oración puede quitarse, encontrando la solución que dicta la fe.

Francisco comienza a orar. No todavía por amor a Dios sino que pide y gime- por la paz de su alma: como no encuentra a quien confiar su interrogante, lo deposita en Dios,...

En Dios,... pero no totalmente, ya que se reserva algo para sí. No deja aún trabajar libremente a la gracia en su alma. Quiere él llevar el timón de su nave sin brújula. Y busca la gloria creyendo hallar la saciedad que anhela su vida, la caballería con sus heroísmos, su donación y su gallardía, tal como era cantada por los Trovadores y Juglares, tal como la había cantado él, en las noches nítidas de años atrás, por las calles dormidas de. Asís.

En aparente triunfo, *«proyecta, resuelto, nuevas aventuras»*. Veló las armas, oyó la misa, prestó juramento de poner su espada al servicio de Dios y de los oprimidos, y luego, el padrino, dióle el abrazo de ritual, diciendo: *«En el nombre de Dios, de San Miguel y de San Jorge, te hago caballero»*. Se puso entonces a las órdenes de Gualtiero de Briena, al servicio del Papa Inocencio III. Con su completo y vistoso ajuar, *«Francisco soñaba únicamente en la gloria; humana del triunfo y de la vanidad»*.

No obstante, vemos una de aquellas posiciones características de Francisco, aún antes de convertirse plenamente a Dios: a pesar de sentirse vanidoso en su vestuario, lo cambia sin titubeos con el paupérrimo de un noble que junto a él iba a unirse a las tropas del de Briena. Estos rasgos de renuncia generosa y espontánea son los que más lo atrajeron al torrente de la gracia divina.

Oye, Francisco: ¿el Señor o el vasallo?

En Espoleto, donde se detuvo para pasar la noche yendo hacia el Sur de Italia, para juntarse con Gualtiero de Briena, oyó una voz. ¿Sería un factor preternatural, sobrenatural, o simplemente su propia conciencia que Dios impulsaba a Sí? No sabemos. Pero sí que se entabló el siguiente diálogo:

—Francisco, ¿adónde vas con esos arreos?

—A las Pullas, a pelear

—Pero, dime ¿quién puedes esperar mejor galardón, del Señor o del vasallo?

—Es claro que del Señor.

—Entonces ¿por qué sigues al siervo y no al Señor de quien aquél depende?

—Señor ¿qué queréis que yo haga?

—Vuelve a tu patria, que allí se te dirá lo que debes hacer...

A la mañana siguiente abandonando sus planes, tomó el más corto camino hacia Asís y aceptó la humillación que a su llegada sufrió de sus compañeros. El, alegremente les decía: *«Esto no tiene importancia; ya veréis que no por eso dejaré de ser algún día un gran príncipe»*.

Desde entonces, *«procuró disimular ante los demás la transformación que en él se realizaba: «más fue perdiendo la afición a los negocios y poco a poco se le vió retirarse del mundo»*. Tenía veinticinco años

2ª PARTE - SANTIFICACION DE VIDA

1206

San Damián



En la ladera de un pequeño monte, yendo a Spello como a un kilómetro de Asís, y rodeada de tribales y olivos estaba la pequeña y deteriorada Capilla dedicada a Saín Damián. Se veía protegida por unos cipreses, símbolo de hospitalidad.

Una minúscula casa cural hospedaba al pobre sacerdote que medio vivía de las limosnas de los fieles, de algún, que otro estipendio de misas y de la exigua huerta que él, como simple ermitaño, cuidaba.

Caída en muchas partes la pal o repello y rajada en más de una grieta la bóveda románica, vista por fuera representaba un tema digno para poemizar sobre lo vetusto de la fe en Umbría y luna vez dentro invitaba a meditar el Inmenso Amor de Dios que soporta el olvido de los hombres.

El Cristo

El pequeño altar, polvoriento, cubierto de manteles no muy blancos, sostenía el Crucifijo de estilo bizantino.

Todos los Crucifijos tienen una expresión capaz de evocar la Misericordia unos, el Dolor otros, pero siempre atraen aún a aquellos que los miran sólo desde punto de vista artístico.

Pero, aquel Crucifijo tiene un no sé qué de dulzura y de misterio sereno que cautiva. Más, para quien, a los veinticinco años caía a sus pies buscando la solución a su interrogante que cruelmente lo martirizaba hacía tiempo.

La voz

Dios habla siempre. Eternamente pronuncia su Palabra que íes el Verbo. Pero, ningún oído terreno escuchó jamás la melodiosa Vida Trinitaria. La Palabra del Padre Eterno es el «Verbo Silencioso» porque sus vibraciones infinitas superan esencialmente nuestra capacidad sensitiva e intelectual. Se ha querido «abreviar» para darse a conocer. Y «lo que se vio del Verbo de la vida, lo que se oyó de El» esto fue anunciado por los Apóstoles y por el Magisterio Eclesiástico.

Pero, la Voz de Cristo sensitivamente se dejó oír en aquel lugar, dirigiéndose a Francisco que hincado a sus pies sufría lo indecible con gemidos y suspiros del corazón.

El silencio de la nave se rasgó para precisar unas sílabas que claramente pronunciadas forman una frase imperante, pero dulce en extremo; y dijo: — *Francisco, repara mi casa que amenaza ruina.*

A ojos cerrados

El Espíritu Santo no quiere retrasos o aplazamientos; Francisco, herido por su gracia, tampoco.

Después de esperar durante años la solución, a su problema, se lanza a ojos cerrados hacia la meta que el Cristo le acaba de señalar: «reparar su casa, porque amenaza ruina».

En su humildad —que, entumeces, lo deja miope sin ver más allá del presente— inicia la reconstrucción material de la Capilla de San Damián con el natural regocijo y espanto subsiguiente del buen sacerdote que la cuidaba. Siente, por una parte, la alegría de verse acompañado de joven tan decidido que emprende la obra reconstructora, pero, por otra, teme que ese joven se mueva a impulsos de locura pasajera; máxime cuando se entera que Francisco ha ido a su casa paterna y habiendo cogido telas de mucho precio las Vendió para tener dinero suficiente y hacer las reparaciones del caso.

El choque

Como herido en la niña de sus ojos Pedro Bernardone brama de indignación. Su hijo está loco, loco rematado, y peor aún, pisotea la Ley de Dios por cuanto roba lo mejor de su tienda para después darlo a los pobres o dedicarlo a la reconstrucción de Iglesias.

Veloz y rauda actúa, buscando en lo más enérgico de su cólera un sedante a su orgullo lastimado y a sus intereses de rico mercader perjudicados.

Quizá Angel, el otro hijo, atiza el fuego contra su hermano, por nimias rivalidades. Almas que se arrastran, envidiosas ¡siempre de las que vuelan!

Sólo Madoma Pica comprende a su hijo. Y llora. Lloro su ausencia pero llora mucho más la dureza incomprensiva del marido.

Requerido Francisco ante los Tribunales civiles, rechaza su llamado por cuanto, dice, es un servidor de Dios y no tiene que ver nada con la jurisdicción civil. Pedro Bernardone recurre entonces al Tribunal Eclesiástico de Asís.

Guido, el Obispo de Asís

El Buen Pastor conoce a sus ovejas. El Obispo es el Pastor de la Diócesis que cual rebaño apiñado en torno de él recibe los frutos de su plenitud sacerdotal. El báculo, símbolo del cayado, indica la potestad de jurisdicción, de que goza.

Tratándose de la pequeña Diócesis de Asís y de la porción del rebaño de la ciudad, Guido, conocía perfectamente a Pedirá y a Francisco. Incluso había oído en confesión a este último. Mucho más lo conocería por su actitud asumida que presagiaba una revolución mística de gran trascendencia.

Y Guido citó a Francisco y a Pedro a un juicio delante del Palacio Episcopal, |en la plaza de Santa María la Mayor. Francisco contestó: *«me presentaré ante el Obispo, ya que íes padre y señor de las almas»*. Ni que decir que Bernardone llegó puntualísimo a acusar a su hijo. También llegaron algunos amigos del padre, y muchos curiosos. Pero, nadie —fuera de Guido— miraba con simpatía a Francisco; todos lo tenían por loco que se movía a impulsos incontrolados de una pasión de exhibicionismo o de fatal rareza. Ninguno creía en la sincera conversión de Francisco.

Los dos Padres

La paternidad es la prolongación de la propia vida a otra.

Dios es Padre de los hombres porque al orarlos les concede una participación de su Ser; pero realiza en sentido propio Su Paternidad en favor de -ellos al elevarlos a la vida sobrenatural y concederles «llegar a ser familiares de Dios», «hijos suyos por adopción, y, después en la otra vida, verlo como Él es».

Dios se sujeta —según su plan de Providencia actual— a las cosas segundas e instrumentales, del mismo modo que la fuerza motriz llega a los últimos engranajes de una maquinaria a través de diferentes correas y poleas. Pero nunca uno de estos medios de trasmisión puede abrogarse las atribuciones del

primer motor, por depender intrínsecamente de él.

Los padres son instrumentos del poder creador de Dios. Ellos, con la procreación preparan la actualización de la Omnipotencia Divina, al sacar de la pura nada un alma que se infunde al cuerpecito iniciando un ser personal nuevo, independiente, sujeto tan pronto existe, de derechos y obligaciones.

Debido al tesoro espiritual que encierra el hijo, los padres deben no solo proveer lo necesario al cuerpo, sino sobre cualquier otra cosa formarlo religiosa, moral y oralmente en la medida y posibilidades particulares. Pero siempre con generosidad.

Y siempre con aceptación íntegra de los designios de Dios sobre cada alma en particular; de manera que, si se diera el caso de una aparente colisión de derechos, debe prevalecer el de Dios, Padre y Señor nuestro.

«Padre nuestro que estás en los cielos»

Dada la manera de ser de Pedro Bernardone el golpe tenía que ser duro, pero necesario. Así de una vez atisbaría Francisco la Cruz no ya ideal y teórica, sino aplastante en su más íntimo vibrar del corazón.

Francisco al sentirse rechazado por ¡su padre no puede vivir huérfano: «por eso Dios le brinda directamente el ejercicio de su Paternidad y le asegura con la Providencia el sustento con la Misericordia el Perdón y con el Amor todo»

Francisco dice valiente y confiado: «Hasta ahora he dicho «padre», a Pedro Bernardone; de hoy en adelante diré «Padre Nuestro que estás en los cielos».

Los latidos del corazón del Obispo, en cuyo pecho ha reclinado Francisco la cabeza, exhausto por el esfuerzo y tensión espiritual ejercida, le dicen que Dios, en su Iglesia., lo atenderá, cuidará y hará que perdure hasta la consumación de los siglos este ejemplo radiante de generosidad y entrega.

Pedro Bernardone ha triunfado: recoge ufano el dinero y los vestidos que Francisco echó al suelo; y sale: jurídicamente ha ganado. ¿Sentiría algo su corazón de piedra? La historia es muy parca en este aspecto. Pero nosotros creemos que no era feliz.

El hombre nuevo

Exteriormente: un joven gastado por la mortificación y la lucha, vestido de vieja y descolorida túnica — a la usanza de los campesinos umbros—en la que se veía marcada con cal una gran señal de la cruz.

Interiormente: la gracia en pleno ejercicio de su exigencia ocupando su puesto en libre acción, y Dios-, ya que Él ha prometido hacer su morada en el alma del Justo.

Esta vida interior se transparentaba en el semblante de Francisco.

El Heraldo del Oran Rey

Canta Francisco las alabanzas del Señor. Usa su clara y atenorada voz como antaño por las calles de Asís en alegres comandas, sólo que abona, el objeto de su júbilo es el Único digno de recibir todo honor y toda gloria, y, a diferencia de entonces que buscaba satisfacer la vanidad, canta rompiendo el silencio de la campiña sin fijarse en si alguien lo oye. Aquel a Quien dirige sus himnos lo oye siempre porque está en todas partes y no cuenta los días de su Vida porque es Eterno.

Unos picaros ladrones después de reconocer que no pueden robarle nada por ser realmente pobre, lo tiran a un lago helado, creyéndolo falto de juicio.

En realidad fés cuerdo y pone *su* demostración de cordura al continuar plácidamente el canto de «*Soy el Heraldo del Gran Rey*».

Maldiciones y bendiciones

El mundo es pequeño; y más en la comarca de Asís.

A veces parece que Dios quiera en su Providencia hacer enconradizas aquellas personas entre las que, humanamente hablando, debería haber kilómetros de distancia. Pero Dios no calcula como nosotros, sino a su modo, que es el real.

«Cada vez que Pedro Bernardone tropezaba con su hijo, se ponía hecho una furia y le lanzaba su maldición», que hería en lo más vivo el sensible corazón de Francisco.

Encontró no obstante una solución; ofreció a Alberto, un mendigo cualquiera, la mitad de las limosnas que recogiera, y: «*cuando nos encontremos con mi padre y él me maldiga, harás sobre mí la señal de la cruz dándome tu bendición*».

Y le dijo a Bernardone, en la primera ocasión: «Bien ves que Dios ha hallado quien haga tus veces, puesto que me provee de un nuevo padre que me bendiga».

El golpe, duro, había obtenido feliz resultado. Pedro Bernardone lo dejó tranquilo. Y Francisco fue bendiciendo en su corazón a fin de ganarlo para Dios.

3ª PARTE - PLENITUD DE VIDA

El Evangelio

Para algunos es letra muerta, o manido más una leyenda de regusto oriental, cargada de imaginación. Para otros es un punto de partida de disquisiciones académicas bien o mal orientadas. Para los que aceptan (el orden sobrenatural es una paradoja con exigencia de realidad.

Para Francisco leí Evangelio es la vida. Vivir conforme al Evangelio o vivir el Evangelio adquiere en Francisco una realidad sorprendente.

No sólo lo toma como disciplina auténtica para llegar a Dios, sino que, cumpliéndolo al pie de la letra lo hace vital en él y esencial en el espíritu franciscano.

Nos lo presenta—vivido—sencillamente asequible.
Por eso...

Que el Señor te bendiga y te guarde,
te muestre su rostro y otorgue su gracia,
te mire benignamente y conceda la paz;
que el Señor te bendiga.



En 1209 ¿18 de octubre, o 24 de febrero?

No sabemos cual de estos dos días, fiestas de S. Lucas y de S. Matías, respectivamente, Francisco oyó un mensaje del Evangelio en la misa de los Apóstoles.



Es cuando Jesús traza la regla de conducta a sus discípulos para una de sus misiones y les dice: «Id y predicad que se acerca el reino de los cielos. Dad graciosamente lo que de balde habéis recibido. No llevéis oro ni plata, ni dinero alguno en vuestros bolsillos, ni alforja para el viaje, ni dos túnicas, ni calzado ni tampoco bastón; porque el que trabaja merece que se le sustente. En cualquier ciudad o aldea donde entrareis, informaos quien haya en ella digno de Recibiros y permaneced en su casa hasta vuestra partida. Y al entrar en ella, saludaréis diciendo: la paz sea en esta casa».

Un buen sacerdote —probablemente un benedictino de Monte Subasio— al terminar la Misa le explicó el contenido del texto. Francisco siguió atentamente la narración del monje y, al terminar, exclamó con entusiasmo: «¡Hallé por fin lo que buscaba! Esto es lo que responde a mis anhelos más íntimos y lo que en adelante he de observar con todas mis fuerzas».

Y lo cumplió. El Evangelio fue su vida.

Con plena verdad pudo escribir después en su Testamento: «Nadie me decía que tenía que hacer: más fue el mismo Altísimo Señor que me reveló que teníamos que vivir conforme a su «Santo Evangelio».

La Iglesia

Cristo instituyó la Iglesia, sociedad perfecta, con el fin de dar a sus miembros la salvación eterna. Y la organizó en forma de monarquía: «*Tú eres Kephas (piedra) y sobre esta Kephas edificaré tú Iglesia*».

Desde entonces, ten cadena ininterrumpida ha ido eslabonándose el Papado pesie a las persecuciones y a los cismas, incluso, a los tiempos de decadencia moral.

La Iglesia ha surgido más firme después de cada batalla; las puertas del infierno no prevalecen sobre ella, y los buenos hijos, siempre han acudido a la Santa Madre Iglesia buscando apoyo, protección, guía y bendición.

1209 o 1210 Inocencio III



¡Cuán lejos y despreciables quedan los Valdenses y los pobres de Lion así como los Humillados! Pretendían reformar la Iglesia atacándola orgullosamente, sin querer reconocer que el primer paso para una reforma es enmendarse uno mismo y, con humildad seguir los caminos del Señor.

Después de momentos de espera, unidos a claros desprecios e irónicas ex presiones, Francisco fue recibido por el Papa y apoyado por el Cardenal Juan Colonna de Santo Tomás y también por el Obispo Guido que no abandonaba a su dirigido de los primeros tiempos.

Pero, más ayudó a Francisco la providencial visión que tuvo Inocencio III la noche antes de la segunda entrevista con él: «Vio que la Basílica Lateranense, cabeza y madre de todas las Iglesias, se inclinaba

peligrosamente a un lado, amenazando caer destruida. De pronto se presentó un frailecillo que con simple movimiento de hombros la enderezaba y volvía a su posición de equilibrio».

Se realizaba el imperio de Cristo en San Damián: «repara mi casa (la Iglesia) porque amenaza ruina». Y la Iglesia aprobó e hizo suya la obra de Francisco.

El Crucifijo

Difícilmente se borra una impresión profunda. Más si deja huella trascendente en la vida.



Francisco no podía olvidar al Crucifijo: sus brazos, su pecho arqueado, sus pies juntos esperando siempre a alguien: y, sobre todo, su faz. Lo recordaba cuando cobró vida hablarle en la vetusta Capilla de San Damián.

Y llegó tiempo en que no le fue preciso recordar la Imagen. Porque quien ama, intuye al Ser amado.

Bastábale ver dos troncos en forma de cruz. U oír el canto de la alondra. O el ruidito de un riachuelo. Todo decíale que Cristo «lo amó, y se entregó a la muerte por él». Por eso...

...en 1211 en Rivo-Torto y en Alvernia

La choza improvisada que sirve de noviciado al Ideal Francisco en |su período de gestación, Rivo—Torto, tiene auto si la rústica y gigantesca cruz formada por dos troncos de árbol.

Ante ella «día y noche meditan los frailes el libro de la Cruz, a ejemplo de su padre, que no cesaba de hablarles del Crucificado ».

Hacia d fin de su vida dirá a un fraile: «Ya no necesito más, hijo mío; conozco a Cristo, pobre y Crucificado».

Y, por fin, él mismo, «otro Cristo», el estigmatizado del siglo XIII.

La Hostia

Nuestro modo natural de conocer es por los sentidos. Siempre necesitamos un punto de apoyo para nuestra intelección.

La vida sobrenatural —aunque en su esencia invisible— ha hecho vibrar los sentidos del hombre. En el Antiguo Testamento hubo muchas teofanías y manifestaciones narradas con veracidad por libros de auténtico valor histórico. Y el Nuevo es la plenitud de la revelación del «misterio escondido, en Cristo». De muchas maneras Dios habló desde antiguo a los hombres, últimamente, empero ha hablado por su propio Hijo', del cual «corporalmente no vemos nada más que su Cuerpo y Sangre que los sacerdotes consagran y administran a los demás».

Por eso...

En 12... El alma de su piedad.

«Con todas las fibras de su corazón ardía en la devoción al Sagrado Cuerpo del Señor admirándose grandemente de aquella amorosa condescendencia» y cuando comulgaba «solía caer en éxtasis ¡como ebrio de espíritu». Él decía: «si no puedo oír misa, adoro al Cuerpo de Cristo en; la meditación con los ojos del espíritu, lo mismo (fue lo adoro cuando lo veo en la misa)».

Escribe sus Palabras de santa amonestación con una magnífica instrucción catequística que lleva por título «acerca del Cuerpo del Señor», reconociendo en la Eucaristía el corazón y la vida del verdadero Cristianismo. Y, en la predicación, «era su tema predilecto» y, por Ella, el respeto y veneración al sacerdocio.

«Si encontrara un ángel y un sacerdote, primero saludaría a este y después al ángel». Y esto lo inculcó a los suyos que; «dondequiera que encontraban un sacerdote, rico o pobre, bueno o malo, se inclinaban humildemente ante él y le mostraban reverencia».

Más aún, cuando es reprendido por basar las manos de un sacerdote públicamente escandaloso, dice: «Yo no sé si estas manos son efectivamente impuras; pero aunque lo fueran, no por eso se disminuye la fuerza y eficacia del Sacramento por ellas administrado. Estas manos han tocado al Señor y por respeto al Señor reverencio a su representante; puede ser que para sí sea él mala, para mí les bueno».

La Paz

La tranquilidad del orden queda truncada. En un principio y en el cielo, unos ángeles sublevándose contra el orden establecido por Dios, motivaron/la creación del infierno para castigo de los rebeldes. Después, entraron estos a ejercer su satánica influencia en la fascinación y caída de nuestros primeros padres desordenando el plan de Dios.

Desde entonces la conciencia no conoció la paz sino la inquietud. La sociedad humana que nacería en el destierro sabría lo que es el odio entre hermanos; las primeras páginas de su vida describen el fratricidio terrible de Caín. No hay tranquilidad, porque no hay orden. Cada uno quiere seguir su antojo y su libertinaje; para ocurrir el orden es preciso coordinarse dentro de la Voluntad de Dios., «Jesús pacificando por la Sangre de su Cruz» —anunciado por el Eterno y suspirado por todo el Antiguo Testamento— entra en escena restableciendo el orden y poniendo al alcance humano la tranquilidad del mismo.



Gloria a Dios y en la tierra paz esta es la divisa suya. Paz a vosotros, este es su saludo.

Paz última, individual, al saberse bien con Dios, ordenado todo según El y su beneplácito. Paz colectiva, social cuando la sociedad como tal reconozca el mensaje del Pacificador y del Príncipe de la Paz.

El 9 de Noviembre de 1210

«En el nombre de Dios»

Con estas palabras comienza el Tratado de paz entre los nobles y los burgueses de Asís, tramitado por los ejemplos de Francisco y por sus mensajes.

El terminar una guerra civil que durante años ha azotado una región, y acabarla con un Tratado tan perfecto como el de 1210, ¡es obra que sólo un Santo puede llevar a cabo.

Presagios de la labor pacificadora que en el decurso de los siglos haría el Franciscanismo con su conocido y meditado lema: Paz y Bien. Esto, en el orden social.

En el individuo, cada alma franciscana aprende a vivir ten la paz del Señor, por su conciencia limpia, por su amor ¡acendrado a cuanto eleva y sobrenaturaliza, y por su posesión de Dios.

María



**Cimabue: La Virgen en majestad
(Basílica de Asís)**

Dios, en el Génesis, juntó las aguas y las llamó Mar. En la vida sobrenatural junto las gracias y dio el nombre de María al ser privilegiado que las contuvo todas. Así dice San Bernardo.

María, Virgen y Madre, vive en la vida Trinitaria, aún antes de ser concebida, existiendo en la mente de Dios que la predestina para Madre del Verbo Humanado.

Grandeza inefable ante la cual se extasían los cielos y la tierra. Un grupo de ángeles la quisieron desconocer y al no arrodillarse ante el Verbo Encarnado presentado a ellos en visión profética, se rebelaron-. Luzbel, al pretender para sí la Unión Hipostática, despreció a la Virgen María y al plan de Dios. Por eso quedó convertido en tizón del infierno junto con todos los ángeles que se sumaron a su grito de «no quiero servir».

Aquel que ocuparía en el cielo el lugar destinado para Luzbel y que es el Serafín de Umbría, debía poseer un acendrado amor a la Virgen Excelsa.

Por eso...
En 1216 La Porciúncula

Había, cerca de Asís, una capilla dedicada a Nuestra Señora de los Angeles, llamada «*Porcioncilla*», por lo pequeña. Ella fue la cuna de la Orden Seráfica y en ella —en la media noche del Domingo de Ramos del 1211 o 1212— se consagró a la vida seráfica la doncella Clara Scafi, de los nobles Ofreduccio de Asís.

Era una Iglesiasita muy amada por Francisco; de tal manera la quería que llegaba, a decir «si de este lugar os sacaran, volved a entonar y si os cierran la puerta, entrad por la ventana».



La Porciúncula, Asís (Italia). Crédito: Pixabay.

Por ser de la Virgen, fue la cuna de la Orden Seráfica, defensora siempre de los privilegios marianos. Por María se fecundizó el Franciscanismo.

Dama Pobreza.

Nada más eficaz para comprender el espíritu de Pobreza de San Francisco de Asís que leer detenidamente su Oración a «Dama Pobreza». Dice así:

«¡Oh mi Señor Jesús, indícame los caminos de vuestra amada Pobreza!» Yo sé que el Antiguo Testamento es una figura del Nuevo; y Vos hicisteis a Israel la promesa: «todo lugar que pise vuestro pie será vuestro ». Pisar es dominar; por tanto, ¡la Pobreza que todo lo pisa es una Reina Universal.

Pero, oh mi Dulce Señor Jesucristo, apiadaos de mí y de Dama Pobreza, toda vez que yo me siento atormentado por su amor y no puedo permanecer tranquilo lejos de ella. Oh Señor mío, bien sabéis que fuisteis Vos mismo quien me ha hecho enamorar de ella y he aquí que ella se encuentra tristemente rechazada por todo el mundo, ella la Reina de las virtudes...

Acordaos, Señor, de que abandonando la compañía de los ángeles habéis bajado a la tierra para desposaros con ella y tener de ella un gran número de hijos que pean perfectos.

Es ella quien os recibió: en el establo de vuestro nacimiento y quien acompañándoos en todo el curso de vuestra vida cuidóse de que no tuvieseis donde reclinar la cabeza. Y cuando comenzasteis el combate de nuestra Redención ella os siguió fielmente; y en lo más fuerte de la lucha estuvo cerca de Vos, como un escudero fiel. Los discípulos os abandonaron; ella no os dejó ni un instante y os trajo en aquella hora el cortejo de sus hermanas. Y mientras vuestra Santa Madre unida en tanta congoja a vuestra Redención, a causa de lo alto de la cruz no podía llegar hasta Vos. Dama Pobreza os abrazó más estrechamente que nunca.

Ella hizo que la cruz no fuese labrada ni pulida, y que los clavos fuesen rudos y tres solamente para servir mejor a la intención de vuestro suplicio. Y cuándo moríais de sed ella procuró que os fuese negada el agua... Y en los brazos de asta vuestra esposa entregasteis el espíritu... Con Vos la habéis subido al cielo dejando en el mundo cuanto es del mundo.

Desde entonces a Dama Pobreza habéis dado el sello del reino para sellar a aquellos que quieren avanzar por el camino de la perfección. ¡Oh quien pues dejará de amar a Dama Pobreza sobre todas las cosas!».

Enmanuel

Si no fuese la veracidad divina que lo afirma y demuestra con portentosos prodigios, nunca jamás podríamos aceptar que el Inmenso se humillaría a tomar un cuerpo y el Omnipotente viniese a mendigar cooperación humana a sus obras.

Y «Dios con nosotros» (Enmanuel) es la máxima Realidad que une la tierra al cielo con pacto mucho más fuerte que la Alianza de la Antigua Ley.

San Francisco consolado por un ángel

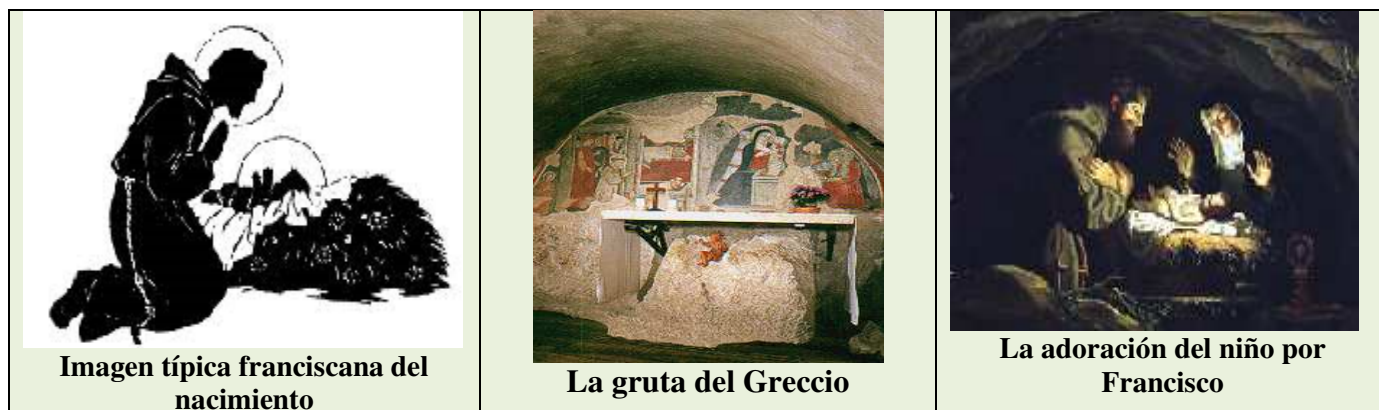


Él es la Imagen visible del Dios Invisible, el Primogénito entre muchos hermanos, en el Cual subsiste todo cuanto íes. Siendo Dios verdadero, ha querido ser Hombre verdadero, igual en todo a nosotros, excepto en el pecado.

Sólo así, comprendiéndonos a lo humano y llegando a cautivarnos icen sus dulces atractivos quiere consolidar su obra. De otra manera, la desigualdad infinita que nos gepará de la Divinidad, dificultaría cualquier intento de aproaproximación.

Francisco vivió el adviento de la ansiedad humana por el Cristo, y por eso supo vibrar por su Nacimiento.

25 de diciembre de 1223, Greccio



«Solamente a Francisco pudo ocurrírsele la idea: «desearía ¡celebrar la próxima fiesta del Salvador y conmemorar su nacimiento en Belén de manera que se nos representaran a lo vivo los trabajos que desde la infancia sufrió por salvamos».

Y a media noche se concentran los frailes de los eremitorios y muchos otros fieles que se dan cita a Greccio para oír la primera Misa «del gallo» y atender a un Nacimiento viviente.

Resumen de la Vida y del Espíritu Franciscano

La Plenitud de Vida Seráfica, que explica la perennidad de su espíritu es:

*el retorno al Evangelio
un amor apasionado a la Cruz y, por ella,
a la Humanidad Santa de Jesús, presente realmente en la Eucaristía
una sujeción total a la Iglesia Católica,
una veneración tierna y filial a la Virgen María, y un espíritu de
Pobreza, no de sola teoría, sino en realidad exigente.*

Lo que no es esto, es simple caricatura.



El encuentro de dos amigos, Francisco de Asís y Domingo de Guzmán en Roma...
"Id por todo el mundo proclamando la Buena Noticia" (Mc 16,15)

De las Florecillas de Francisco - Capítulo XXI

Cómo San Francisco amansó, por virtud divina, un lobo ferocísimo

En el tiempo en que San Francisco moraba en la ciudad de Gubbio, apareció en la comarca un grandísimo lobo, terrible y feroz, que no sólo devoraba los animales, sino también a los hombres; hasta el punto de que tenía aterrizados a todos los habitantes, porque muchas veces se acercaba a la ciudad. Todos iban armados cuando salían de la ciudad, como si fueran a la guerra; y aun así, quien topaba con él estando solo no podía defenderse. Era tal el terror, que nadie se aventuraba a salir de la ciudad.



San Francisco, movido a compasión de la gente del pueblo, quiso salir a enfrentarse con el lobo, desatendiendo los consejos de los habitantes, que querían a todo trance disuadirle. Y, haciendo la señal de la cruz, salió fuera del pueblo con sus compañeros, puesta en Dios toda su confianza. Como los compañeros vacilaran en seguir adelante, San Francisco se encaminó resueltamente hacia el lugar donde estaba el lobo. Cuando he aquí que, a la vista de muchos de los habitantes, que habían seguido en gran número para ver este milagro, el lobo avanzó al encuentro de San Francisco con la boca abierta; acercándose a él, San Francisco le hizo la señal de la cruz, lo llamó a sí y le dijo:

-- **¡Ven aquí, hermano lobo! Yo te mando, de parte de Cristo, que no hagas daño ni a mí ni a nadie.**

¡Cosa admirable! Apenas trazó la cruz San Francisco, el terrible lobo cerró la boca, dejó de correr y, obedeciendo la orden, se acercó mansamente, como un cordero, y se echó a los pies de San Francisco. Entonces, San Francisco le habló en estos términos:

-- Hermano lobo, tú estás haciendo daño en esta comarca, has causado grandísimos males, maltratando y matando las criaturas de Dios sin su permiso; y no te has contentado con matar y devorar las bestias, sino que has tenido el atrevimiento de dar muerte y causar daño a los hombres, hechos a imagen de Dios. Por todo ello has merecido la horca como ladrón y homicida malvado. Toda la gente grita y murmura contra ti y toda la ciudad es enemiga tuya. Pero yo quiero, hermano lobo, hacer las paces entre tú y ellos, de manera que tú no les ofendas en adelante, y ellos te perdonen toda ofensa pasada, y dejen de perseguirte hombres y perros.

Ante estas palabras, el lobo, con el movimiento del cuerpo, de la cola y de las orejas y bajando la cabeza, manifestaba aceptar y querer cumplir lo que decía San Francisco. Díjole entonces San Francisco:

-- Hermano lobo, puesto que estás de acuerdo en sellar y mantener esta paz, yo te prometo hacer que la gente de la ciudad te proporcione continuamente lo que necesites mientras vivas, de modo que no pases ya hambre; porque sé muy bien que por hambre has hecho el mal que has hecho. Pero, una vez que yo te haya conseguido este favor, quiero, hermano lobo, que tú me prometas

que no harás daño ya a ningún hombre del mundo y a ningún animal. ¿Me lo prometes?

El lobo, inclinando la cabeza, dio a entender claramente que lo prometía. San Francisco le dijo:
-- Hermano lobo, quiero que me des fe de esta promesa, para que yo pueda fiarme de ti plenamente.

Tendióle San Francisco la mano para recibir la fe, y el lobo levantó la pata delantera y la puso mansamente sobre la mano de San Francisco, dándole la señal de fe que le pedía. Luego le dijo San Francisco:

-- Hermano lobo, te mando, en nombre de Jesucristo, que vengas ahora conmigo sin temor alguno; vamos a concluir esta paz en el nombre de Dios.

El lobo, obediente, marchó con él como manso cordero, en medio del asombro de los habitantes. Corrió rápidamente la noticia por toda la ciudad; y todos, grandes y pequeños, hombres y mujeres, jóvenes y viejos, fueron acudiendo a la plaza para ver el lobo con San Francisco.

Cuando todo el pueblo se hubo reunido, San Francisco se levantó y les predicó, diciéndoles, entre otras cosas, cómo Dios permite tales calamidades por causa de los pecados; y que es mucho más de temer el fuego del infierno, que ha de durar eternamente para los condenados, que no la ferocidad de un lobo, que sólo puede matar el cuerpo; y si la boca de un pequeño animal infunde tanto miedo y terror a tanta gente, cuánto más de temer no será la boca del infierno. «Volveos, pues, a Dios, carísimos, y haced penitencia de vuestros pecados, y Dios os librárá del lobo al presente y del fuego infernal en el futuro».

Terminado el sermón, dijo San Francisco:

-- Escuchad, hermanos míos: el hermano lobo, que está aquí ante vosotros, me ha prometido y dado su fe de hacer paces con vosotros y de no dañaros en adelante en cosa alguna si vosotros os comprometéis a darle cada día lo que necesita. Yo salgo fiador por él de que cumplirá fielmente por su parte el acuerdo de paz.

Entonces, todo el pueblo, a una voz, prometió alimentarlo continuamente. Y San Francisco dijo al lobo delante de todos:

-- Y tú, hermano lobo, ¿me prometes cumplir para con ellos el acuerdo de paz, es decir, que no harás daño ni a los hombres, ni a los animales, ni a criatura alguna?

El lobo se arrodilló y bajó la cabeza, manifestando con gestos mansos del cuerpo, de la cola y de las orejas, en la forma que podía, su voluntad de cumplir todas las condiciones del acuerdo. Añadió San Francisco:

-- Hermano lobo, quiero que así como me has dado fe de esta promesa fuera de las puertas de la ciudad, vuelvas ahora a darme fe delante de todo el pueblo de que yo no quedaré engañado en la palabra que he dado en nombre tuyo.

Entonces, el lobo, alzando la pata derecha, la puso en la mano de San Francisco. Este acto y los

otros que se han referido produjeron tanta admiración y alegría en todo el pueblo, así por a devoción del Santo como por la novedad del milagro y por la paz con el lobo, que todos comenzaron a clamar al cielo, alabando y bendiciendo a Dios por haberles enviado a San Francisco, el cual, por sus méritos, los había librado de la boca de la bestia feroz.

El lobo siguió viviendo dos años en Gubbio; entraba mansamente en las casas de puerta en puerta, sin causar mal a nadie y sin recibirlo de ninguno. La gente lo alimentaba cortésmente, y, aunque iba así por la ciudad y por las casas, nunca le ladraban los perros. Por fin, al cabo de dos años, el hermano lobo murió de viejo; los habitantes lo sintieron mucho, ya que, al verlo andar tan manso por la ciudad, les traía a la memoria la virtud y la santidad de San Francisco.

En alabanza de Cristo. Amén.

Recuperado: <https://www.franciscanos.org/florecidas/florecidas05.htm>

La muerte de San Francisco



Ocurrió en la Porciuncula merecido espiritualmente por la Virgen, Reina de los Angeles. Sus frailes lo rodean y él dice *“Por mi parte hice lo que debía; ahora, que Cristo enseñe lo que vosotros debéis hacer”*. El Salmo 41: *“Con mi voz he clamado al Señor”* es entonado entre sollozos. Los frailes lo cantan con voz entrecortada; Francisco lo que sigue cada vez más débilmente. El último versículos es lento, muy lento; dice así *“los juntos están esperando que me des la recompensa”*. Al terminarlo, Francisco entrega su alma al Creador y Padre Nuestro.

Fuera las canosasavecillas tan amantes de la luz como enemigas de las tinieblas se acercaron en gran muchedumbre colocándose sobre el lugar donde había expirado el Santo cuando ya el crepúsculo iba a seguirse la noche y revoloteando alegres y juguetonas, aprecian querer dar un testimonio tan espontáneo como evidente de la gloria de aquel que tantas veces las había invitado a cantar las alabanzas al Creador.

Era el atardecer del día 3 de octubre de 1226.

El Papa Gregorio IX canonizó solemnemente a Francisco de Asís el domingo 6 de julio de 1228.

